

Los del centro, mejor vestidos, más aristócratas, tenían ya su golfa, á la que fiscalizaban las ganancias y que se cuidaban de ellos; pero la golfería del centro era ya distinta, de otra clase, con otros matices.

A veces el Bizco y Vidal habían pasado malas épocas, comiendo gatos y ratas, guareciéndose en las cuevas del cerrillo de San Blas, de Madrid Moderno y del cementerio del Este; pero ya tenían los dos su apaño.

—¿Y de trabajar? ¿Nada?—preguntó Manuel.

—¡Trabajar!... *pa* el gato—contestó Vidal.

Ellos no trabajaban, tartamudeó el Bizco; con su chaira en la mano ¿quién le tosía é él?

En el cerebro de aquella bestia fiera, no habían entrado ni aun vagamente ideas de derechos y de deberes. Ni deberes, ni leyes, ni nada; para él la fuerza era la razón; el mundo un bosque de caza. Sólo los miserables podían obedecer la ley del trabajo; así decía él: El trabajo *pa* los primos, el miedo *pa* los blancos.

Mientras hablaban los tres, pasaron por la carretera un hombre y una mujer con un niño en brazos. Tenían un aspecto entristecido, de gente perseguida y famélica, la mirada tímida y huraña.

—Esos son los que trabajan—exclamó Vidal—. Así están ellos.

—Que se hagan la santísima—murmuró el Bizco.

—¿A dónde irán?—preguntó Manuel, contemplándolos con pena.

—A los tejares—contestó Vidal—. A vender azafrán, como dicen por ahí.

—¿Y por qué dicen eso?

—Como el azafrán es tan caro...

Se detuvieron los tres y se tendieron en el suelo. Estuvieron más de una hora hablando de mujeres y de medios de sacar dinero.

—¿No teneis perras?—preguntó Vidal á Manuel y al Bizco.

—Dos reales—contestó éste.

—¡Anda, convida! Vamos á tomar una botella.

Accedió el Bizco reñunfuñando, se levantaron y se fueron acercando á Madrid. Una fila de burros blanquecinos pasó por delante de ellos; un gitano joven y moreno, con una larga vara debajo del brazo, montado en las ancas del último borrico de la fila, gritaba á cada paso: ¡Coroné! ¡coroné!

—¡Adiós, cañi!—le dijo Vidal.

—Vaya con Dios la gente buena—contestó el gitano con voz ronca. Al llegar á una taberna del camino, al lado de la casucha de un trapero, se detuvieron, y Vidal pidió la botella de vino.

—¿Qué es esa fábrica?—preguntó Manuel, señalando una que estaba á la izquierda de la carretera de Andalucía, según habían vuelto á Madrid.

—Ahí hacen dinero con sangre—contestó Vidal solemnemente.

Manuel le miró asustado.

—Es que hacen cola con la sangre que sobra en el Matadero—añadió su primo riéndose.

Escanció Vidal en las copas y bebieron los tres.

Se veía Madrid en alto, con su caserío alargado y plano, sobre la arboleda del Canal. A la luz roja del sol poniente brillaban las ventanas con resplandor de brasa; destacábanse muy cerca, debajo de San Francisco el Grande, los rojos depósitos de la fábrica del gas, con sus altos soportes, entre escombreras negruzcas; del centro de la ciudad brotaban torrecillas de poca altura y chimeneas, que vomitaban, en borbotones negros, columnas de humo inmovilizadas en el aire tranquilo. A un lado se erguía el Observatorio, sobre un cerrillo, centelleando el sol en sus ventanas; al otro, el Guadarrama, azul, con sus crestas blancas, se recortaba en el cielo, limpio y transparente, surcado por nubes rojas.

—*Na*—añadió Vidal, después de un momento de silencio, dirigiéndose á Manuel—, tú has de venir con nosotros; formaremos una cuadrilla.

—Eso es—tartamudeó el Bizco.

—Bueno, ya veré—dijo Manuel de mala gana.

—¿Qué ya veré ni qué hostia? Ya está formada la cuadrilla. Se llamará la cuadrilla de los Tres.

—Muy bien—gritó el Bizco.

—¿Y nos ayudaremos unos á otros?—preguntó Manuel.

—Claro que sí—contestó su primo—. Y si hay alguno que hace traición...

—Si hay alguno que haga traición—interrumpió el Bizco—se le cortan los riñones—. Y para dar fuerza á su afirmación sacó el puñal y lo clavó con energía en la mesa.

Al anoecer volvieron los tres por la carretera hasta el puente de Toledo, y se separaron allí, citándose para el día siguiente.

Manuel pensaba en lo que le podía comprometer la promesa hecha de entrar á formar parte de la sociedad de los Tres. La vida del Bizco y de Vidal le daba miedo. Tenía que resolverse á dar á su existencia un nuevo giro; ¿pero cuál? Eso es lo que no sabía.

Durante algún tiempo, Manuel no se atrevió á aparecer en casa de la patrona; veía á su madre en la calle y dormía en la cuadra de la casa en donde servía una de sus hermanas. Luego se dió el caso de que á la sobrina de la patrona la encontraron en la alcoba de un estudiante de la vecindad, y esto le rehabilitó un tanto á Manuel en la casa de huéspedes.